



Las mujeres lesbianas y la antropología feminista de género

Ángela G. Alfarache Lorenzo*

La homosexualidad femenina y el lesbianismo han tenido marcos teóricos propios y categorías específicas a partir del surgimiento de la antropología feminista de género. Anterior a estos planteamientos, la antropología abordó la homosexualidad femenina y la masculina de diversas maneras: mientras que a principios de siglo el tema fue tratado principalmente en relación con fenómenos religiosos como el shamanismo, a partir de las décadas de los treinta y cuarenta se reportan en las etnografías, de manera más concreta, fenómenos como el travestismo, los cambios de roles o los matrimonios entre personas del mismo sexo y se trató, en ocasiones, directamente las relaciones homoeróticas entre mujeres.

* Licenciada en Etnología, cursa actualmente el Posgrado en Antropología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Coordina el proyecto de librería "Las sirenas", para la difusión de publicaciones sobre estudios de género.

Los planteamientos básicos sobre la historicidad de las y los seres humanos, sostenidos por las diversas corrientes antropológicas, han constituido a la disciplina como uno de los principales campos de desarrollo de la teoría de género. A partir de la premisa de que no es suficiente definir a las y los seres humanos desde el punto de vista del sexo biológico, quienes investigan han desarrollado categorías y metodologías que nos permiten abarcar sus aspectos tanto biológicos como socioculturales.

En la década de los setenta, un doble movimiento llevó al uso intensivo de la categoría de género. Por un lado, tanto desde la academia, como en el plano político, las feministas analizaron a fondo la cuestión de la discriminación de las mujeres en función de su sexo, a lo cual se denominó sexismo. La denuncia de la práctica sexista incluía el análisis de la opresión, la subordinación y la explotación de que eran objeto las mujeres, mismas que se basaban en las diferencias existentes entre hombres y mujeres, así como en la premisa cultural de la naturalidad de tales hechos. La academia feminista retoma la categoría de género y le otorga nuevos contenidos, utilizándola para referirse a las construcciones que cada cultura elabora a partir de la diferencia sexual, adscribiendo conductas, papeles y atributos a las personas en función de sus características corporales. Así, la categoría de género es definida como una:

“...construcción simbólica (que) contiene el conjunto de atributos asignados a las personas a partir del sexo. Se trata de características biológicas, físicas, económicas, sociales, psicológicas, eróticas, jurídicas, políticas y culturales”
(Lagarde, 1996: 27).

Al considerar al género como el principio estructurador de la sociedad, los intereses antropológicos y feministas se han visto íntimamente unidos y han permitido planteamientos concretos acerca de la diversidad cultural construida a partir de la especificidad histórica de los géneros.

Cuestionamientos claves de las antropólogas feministas han sido: uno, la importancia de reconocer la impronta de género de quien investiga; dos, reconocer las interrelaciones establecidas entre las sujetas implicadas en el trabajo de investigación para romper, así, con los planteamientos de la antropología clásica en relación con la neutralidad de los efectos de quien observa sobre lo observado; tres, la asunción de la posición de la sujeta que investiga en el sentido de discernir su propio bagaje cultural, sus prejuicios (tanto respecto al tema, como a las personas con las que trabaja), y reconocer y hacer explícito que todo ello afecta tanto al planteamiento del tema, al tratamiento y a lo que puede o no puede observar, como a sus conclusiones.

La homosexualidad femenina y el lesbianismo han tenido marcos teóricos propios y categorías específicas a partir del surgimiento de la antropología feminista de género. Anterior a estos planteamientos, la antropología abordó la homosexualidad femenina y la masculina de diversas maneras: mientras que a principios de siglo el tema fue tratado principalmente en relación con fenómenos religiosos como el shamanismo, a partir de las décadas de los treinta y cuarenta se reportan en las etnografías, de manera más concreta, fenómenos como el travestismo, los cambios de roles o los matrimonios entre personas del mismo sexo, y se trató, en ocasiones,

directamente las relaciones homoe-róticas entre mujeres. Autoras como Blackwood (1991) consideran que las discusiones antropológicas han estado permeadas por el presupuesto de la existencia de una “naturaleza homosexual”, presupuesto que figura como parte de una concepción esencialista para la que dicha naturaleza subyace en todas las expresiones culturales de homosexualidad y que interpreta las relaciones homosexuales como actos individuales que pertenecen al ámbito de lo privado. La falta de análisis sobre la importancia de los contextos culturales en que se dan dichas relaciones ha llevado a concebir, a quienes presentan estos comportamientos, como personas incapaces de ajustarse a su rol genérico. Contemporáneamente, las investigaciones antropológicas sobre la homosexualidad y el lesbianismo parten, no de un *continuum* homosexual aplicable tanto a hombres como a mujeres, sino de concepciones que consideran que, dadas las diferentes construcciones de género tanto inter como intraculturales, es necesario realizar investigaciones concretas, así como diferenciar analíticamente las especificidades de cada caso.

A finales de los años sesenta, la llamada “nueva antropología de la mujer” comienza a elaborar un conjunto de teorías y categorías que hacen posible el estudio de las mujeres lesbianas como sujetas de sus culturas y sociedades, así como de la homosexualidad femenina, el homoerotismo y el lesbianismo, como construcciones históricas, sociales y culturales. Las antropólogas feministas han desarrollado la crítica a los marcos teóricos y a las categorías utilizadas para

analizar los temas mencionados, centrándose en la pretensión de universalidad de las mismas y estableciendo sus distintos significados culturales e históricos. Moore (1991: 9) señala que:

La crítica feminista en antropología ha sido, y seguirá siendo, fundamental en la evolución teórica y metodológica de la disciplina en general. La crítica feminista no se basa en el estudio de la mujer, sino en el análisis de las relaciones de género y del género como principio estructural de todas las sociedades humanas.

Además de las investigaciones teóricas, caracterizadas en muchos casos por la interdisciplinariedad, hay que señalar la importancia que, a partir de los años setenta, han tenido los movimientos políticos por los derechos de las personas homosexuales. Conformados por mujeres lesbianas y hombres gays, dichos movimientos surgieron con una conciencia de rechazo a las definiciones de homosexualidad de las sociedades patriarcales; sus luchas han estado centradas en la opresión, el rechazo y la marginación que afecta a las personas homosexuales y en la reivindicación de sus derechos específicos. Es importante señalar que la necesidad de encuadrar los análisis políticos de las personas homosexuales en sus dimensiones histórica, social y cultural ha llevado a una fuerte interrelación entre la esfera de los movimientos políticos y la academia.

La convergencia de los intereses antropológicos y feministas, respecto a los análisis históricos y comparativos, ha implicado que quienes investigan recurran a la disciplina en sus intentos de explicar las diferencias genérica existentes, tanto al

interior de cada cultura particular como entre distintas culturas. La antropología feminista de género que considera al género como un principio estructurador de la vida social humana, es uno de los desarrollos más importantes de la disciplina. Dicha antropología, aún compartiendo muchos de los objetivos de la antropología general, se ha desarrollado como una respuesta crítica a las deficiencias teórico/metodológicas de la disciplina y, al mismo tiempo, como una revisión de sus supuestos a partir de una visión feminista. En este sentido, Maqueira (1987: 9) señala como una de sus características más importantes:

La consolidación de un *corpus* de conocimientos que ha replanteado y renovado contenidos, metodologías y teorías asentadas tradicionalmente en la disciplina como verdades consagradas.

Desde esta perspectiva, un tema ampliamente analizado desde la epistemología feminista ha sido el androcentrismo y la invisibilidad de las mujeres como género, y de las lesbianas en particular, en las teorías y las investigaciones. Al respecto, los análisis realizados han llegado a las siguientes conclusiones. En primer lugar, no se trata de “añadir” a las mujeres a las teorías existentes, ya que la exclusión de que han sido objeto es un principio estructurador y un presupuesto básico del sesgo androcéntrico de la disciplina. En segundo lugar, no se trata de acrecentar numéricamente la presencia de las mujeres en los estudios, puesto que el problema radica en el tipo de preguntas y problemas que quienes investigan se plantean, en los métodos usados para contestarlas

y resolverlos, así como en los criterios de validez reconocidos por la propia disciplina. Por último, tanto teórica como políticamente, resulta claro que la “visibilidad” de las mujeres sólo puede realizarse tomando en consideración el complejo tema de las diferencias, tanto intra como intergenéricas.

La visión androcéntrica,¹ en el caso de las mujeres lesbianas, deviene de la aplicación acrítica de las concepciones sobre la homosexualidad masculina al estudio y análisis de la homosexualidad femenina. Con ello no se toman en cuenta, primero, las diferencias genéricas imperantes en cada sociedad que hacen que masculinidad y feminidad se construyan diferencialmente; en segundo lugar, se asume implícitamente que la homosexualidad femenina es un reflejo de la masculina sin atender al hecho de que las relaciones homoeróticas tienen definiciones culturales divergentes para hombres y mujeres, basadas en la división genérica del mundo. Por lo anterior, se plantea que no sólo es necesario un proceso de visibilización de las mujeres, sino adoptar el enfoque de género en todos los campos del conocimiento “sin prejuzgar los efectos de importancia variable que esto puede producir” (Collin, 1993: 320).

La invisibilidad de las mujeres lesbianas en la disciplina se da en relación con dos ámbitos: por un lado, se inserta en la invisibilidad de las mujeres como género

en las teorías; por el otro, con la invisibilidad y el tratamiento propio de la homosexualidad en la antropología. En este sentido, los prejuicios vigentes en la mayoría de las sociedades patriarcales sobre la homosexualidad —que forman parte del bagaje cultural de algunos y algunas investigadoras, así como la falta de concepciones teóricas y de categorías específicas, impiden identificar y analizar los temas relacionados con la homosexualidad, con lo que se acrecienta la ausencia del tema en las etnografías. Del mismo modo, la aplicación acrítica del modelo de sexualidad dominante en la sociedad del o de la investigadora en los estudios sobre otras sociedades:

Ha desvirtuado el reducido debate sobre la homosexualidad presente en la literatura antropológica. Los modelos teóricos utilizados en el pasado para analizar los datos sobre la homosexualidad, derivaban directamente de la concepción de la sexualidad de la psicología occidental. La mayoría de los antropólogos basaban su interpretación de las prácticas homosexuales de otras culturas, en el modelo desviacional de la psicología y la sociología y asumían que la heterosexualidad representaba la norma de comportamiento sexual y, por lo tanto, que la homosexualidad constituía una desviación o un comportamiento anormal. Esas valoraciones contrastaban, en muchas ocasiones, con el



“Alcanzándome”

significado o el valor atribuido al comportamiento sexual en la cultura estudiada, dado que muchos grupos aceptaban las prácticas homosexuales dentro de su sistema social (Blackwood, 1991: 220-221).

Las mujeres lesbianas en el género

Las reflexiones teóricas que han llevado a la construcción de la teoría de género, y los análisis de las relaciones entre sexo y género, son fundamentales para el análisis de las mujeres lesbianas. Las mismas han proporcionado una nueva perspectiva al introducir el elemento histórico en los análisis; en este sentido, su uso conlleva a la deconstrucción del género como esencia y a su ubicación en marcos culturales, sociales e históricos específicos. Desde la década de 1970, el interés por dilucidar las relaciones entre sexo y género ha llevado a las antropólogas feministas a la revisión del acervo etnográfico existente. El resultado ha sido el enriquecimiento de la disciplina al introducir, en el trabajo empírico y en el análisis, una perspectiva que plantea nuevas preguntas en relación con los sistemas clasificatorios de género, así como en relación con categorías como personas homosexuales, homosexualidad, homoerotismo, mujeres lesbianas y lesbianismo.

El debate interdisciplinario en torno a las relaciones entre sexo y género es en la actualidad fundamental al interior del feminismo; debate en el que se plantea el hecho de que la diferencia sexual, no es en sí misma, un hecho puramente anatómico —y en este sentido, fácilmente asimilable a natural en ciertas concepciones—, sino que es una diferencia significada culturalmente.

La base biológica de la sexualidad se experimenta siempre culturalmente, a través de una traducción.

Los factores puramente biológicos de la sexualidad no hablan por sí mismos; han de expresarse socialmente.

El sexo se siente de forma individual o, al menos, privada, pero esos sentimientos incorporan siempre los roles, definiciones, símbolos y significados de los mundos en que se desarrollan (Ross *et al.*, 1997: 153).

La sexualidad ha sido el eje estructurador del feminismo: al situar a la sexualidad en el ámbito de la cul-

tura, los análisis han debido dar cuenta de su complejización. Ello se ha hecho a partir de considerar analíticamente tanto el género como los distintos ejes que conforman la condición de las mujeres. Desde esta perspectiva, los análisis feministas consideran, por un lado, que la sexualidad femenina puede ser vivida y experimentada de formas distintas dependiendo de las diversas situaciones vitales de las mujeres; por el otro, intentan superar la visión simplista sobre las mujeres y visualizarlas en su complejidad, al mismo tiempo que dicha percepción de la complejidad “nos conduce a una investigación que es cada vez más conciente de sus propias omisiones, lagunas y silencios, que está dispuesta a matizar y a especificar sus descubrimientos, si se refieren sólo a grupos particulares, y a hacer esfuerzos más agresivos para investigar en campos y temas dejados de lado hasta ahora” (Vance, 1989: 37).

En este sentido, los análisis se sitúan en una perspectiva construccionista, la cual enfatiza la definición de los factores históricos y culturales que conforman la sexualidad y, por ende, la homosexualidad y el lesbianismo. Con relación a estos últimos, las teorías suponen un cambio de enfoque al pasar de investigar sus causas y curas, a analizar los modos en que las distintas sociedades construyen, definen y dan contenido a “la” y “el” homosexual. En consecuencia, los estudios tienen como punto de partida el sistema de valores culturales y la estructura social en que se desarrollan la homosexualidad masculina y femenina, así como las concepciones de género imperantes y las definiciones de feminidad y masculinidad dominantes culturalmente.

Una segunda línea de discusión y teorización fundamental es la de las diferencias. Dicha discusión se ha dado con gran fuerza al interior del feminismo desde la década de los ochenta, cuando distintas corrientes teóricas y mujeres particulares reclamaron atención a las diferencias concretas existentes entre ellas. Los análisis empezaron con la crítica a la categoría “mujer” como universal y totalizadora, para desembocar en el reconocimiento a la existencia de mujeres concretas y particulares. Al mismo tiempo, hubo que contemplar las diferencias entre mujeres junto con el análisis de las semejanzas de género; en este sentido, las mujeres lesbianas, presentes desde los inicios en los movimientos políticos y en el terreno académico, han ido construyendo un *corpus* teórico y una práctica política de la diferencia que ha seguido, a su vez, caminos diversos.

La antropología feminista es perfectamente consciente de que las mujeres son diferentes entre sí.

Se trata, en efecto, de la única disciplina de las ciencias sociales capaz de demostrar, desde un punto de vista eminentemente comparativo, que el significado de “ser mujer” varía cultural e históricamente y que el género es una realidad social que siempre debe enmarcarse en un contexto determinado (Moore, 1991: 223).

Estos debates son básicos al analizar la relación de las mujeres lesbianas con el género, ya que las mujeres lesbianas son diferentes al interior del género. Aunque social y culturalmente se construye la diferencia entre el género femenino y el masculino como la fundamental, la importancia de esta diferencia, en el caso de las mujeres lesbianas, es secundaria, ya que ellas son diferentes —no sólo de los hombres por ser ellas mujeres—, sino del género en su conjunto. Las diferencias del resto de las mujeres, los hechos básicos de la condición de género, esto es, la heterosexualidad y la maternidad compulsivas.

La organización social de géneros, vigente en nuestra cultura, establece de manera dual y excluyente la existencia de dos géneros; al mismo tiempo que binaria y unívoca, esta construcción es específica para cada género. Y puesto que la sexualidad es el eje básico alrededor del cual se da esta construcción, la misma es, también, diferencialmente construida para hombres y mujeres. En el caso de las mujeres, la sexualidad se estructura a partir de un doble conjunto de normas que determinan tanto lo permitido como lo prohibido: por un lado, rigen para ellas las normas establecidas para el conjunto social; por el otro, un conjunto de normas genéricas específicas.

Aunque la antropología ha demostrado la variabilidad cultural de las formas de ser mujeres y hombres y de las relaciones genéricas que pueden establecerse, lo que caracteriza a la concepción dominante de la sexualidad —tanto en los discursos religiosos como en los laicos—, es su adscripción a lo natural y, por ende, sus concepciones de lo natural y la naturaleza. La existencia de las mujeres lesbianas constituye un rompimiento de la relación natural que debe existir entre mujeres y hombres, y pone en cuestión la naturalidad de la misma propugnada por la sexualidad hegemónica. Paralela a la construcción positiva de normas y deberes, se establece el tabú: mientras que la heterosexualidad obligatoria se

constituye como la norma positiva, la homosexualidad femenina es el tabú, por lo que las mujeres homosexuales son y viven en el tabú. Las relaciones homoeróticas entre mujeres transgreden, además, otro de los principios básicos de la sexualidad dominante: la maternidad compulsiva.

Cada género y cada particular se construye a partir de un deber ser erótico estrictamente normado, cuyo incumplimiento pone “en entredicho, la definición genérica global del sujeto, aún cuando éste cumpla con todos los otros atributos” (Lagarde, 1993: 183). Resultado de estas transgresiones² de las normas culturales y del no-cumplimiento de los deberes de género es el particular posicionamiento³ de las mujeres lesbianas en no-lugares culturales jerarquizados en los cuales son materialmente oprimidas, negadas, invisibilizadas y estigmatizadas (Alfarache, 2000). Estos no-lugares se concretan específicamente en los terrenos políticos y jurídicos, mientras que es posible distinguir la construcción de sí-lugares sociales y culturales por parte de las mujeres lesbianas.

La diferencia intragenérica no significa que las mujeres lesbianas dejen de ser mujeres: las mujeres lesbianas pertenecen a la condición de género femenino. En este sentido, señala Lauretis:

De ser verdad que el sujeto femenino es engendrado y que se le asigna un género a través de múltiples representaciones de clase, raza, lenguaje y relaciones sociales, también es cierto... que el género es un denominador común: el sujeto femenino es siempre elaborado y definido en el género y a partir del género (1991: 185).

Consecuente con el posicionamiento de las mujeres lesbianas se produce una asignación identitaria a las mismas, la cual es necesaria ya que la transgresión de los deberes eróticos cuestiona la condición genérica total de las mujeres e implica su reposicionamiento en la jerarquía social de poderes. Dicho reposicionamiento genera al marcar a las mujeres lesbianas de manera negativa. Consecuencia de la constitución del erotismo como el núcleo definidor del lesbianismo, es la división intergenérica de las mujeres por su tipo de erotismo así como la construcción de las categorías “mujeres homosexuales” y “mujeres heterosexuales”. La misma, se da a partir de la adscripción, para éstas últimas, de un erotismo

subsumido en la procreación y reconocido positivamente en la cultura, relevando al erotismo como el núcleo central de las vidas de las mujeres lesbianas, lo cual las posiciona en el lado negativo del mundo. La adscripción de las mujeres a una de estas categorías y la estigmatización de aquéllas incluidas en la categoría de mujeres homosexuales, sirve para que el lesbianismo sea utilizado, de manera ejemplar, como amenaza contra las “buenas” mujeres de lo que puede ocurrirles si dejan de serlo.

Autoidentidades lésbicas

Los análisis de la categoría de género han permitido establecer que en la misma se articulan varias instancias. Por un lado, la asignación de género, instancia básica que en nuestra sociedad se realiza a partir de la diferencia sexual biológica basada en los genitales externos del o de la recién nacida. En segundo lugar, la identidad de género, en cuya formación confluyen factores biológicos y psicológicos, y que es un proceso que precede a la conformación de la identidad sexual. A partir de conceptualizar a la identidad de género como el núcleo primario de la construcción de la identidad, es posible diferenciar entre la identidad socialmente asignada y la autoidentidad de las mujeres. La primera hace referencia al reconocimiento social y cultural y a la categorización de identidades generalizadas. La autoidentidad, por su parte, incorpora la experiencia privada de la identidad personal o el auto-concepto de cada quien como hombre o como mujer; en ella desempeña un papel central la sexualidad ya que es el elemento sobre el que se construye.

En la subjetividad, la autoidentidad es central porque es la identidad del sujeto sobre sí misma/o, la capacidad de percatarse de sí por una/o mismo, y también de percatarse de una/o misma/o como ser designado por el otro... La autoidentidad no es innata. Se construye todos los minutos de la vida en la interacción entre las identidades que se le asignan al sujeto, la experiencia vivida y la elaboración que éste hace (Lagarde, 1997: 31).

Tema nodal de la antropología contemporánea, la identidad es central para la investigación con mujeres lesbianas ya que permite realizar los estudios desde la perspectiva histórico/cultural de los comportamientos

homosexuales de mujeres y hombres a partir de las variaciones sexuales existentes en las culturas. La pregunta básica que se plantea desde esta perspectiva es cuál es el peso específico de los componentes homosexuales en la construcción de las identidades en las diferentes culturas. Por un lado, la ubicación de las mujeres lesbianas en el género hace posible analizar sus diferencias, semejanzas y especificidades,⁴ así como los efectos que produce en sus vidas la organización social de géneros: el sexismo y la lesbofobia.

A partir de la definición del lesbianismo como un “erotismo entre mujeres, transgresor del orden de la sociedad y del cosmos” (Lagarde, 1993: 241), considero como mujeres lesbianas a aquellas que, por propia voluntad, se autodefinen como tales al mismo tiempo que son definidas por otras y otros como lesbianas. La autoidentidad como lesbianas feministas la realizan las mujeres a partir de diversas experiencias de vida y procesamiento identitarios en la cultura feminista; para estas mujeres ser lesbianas es ser feministas y no es posible la separación entre ambas. La autodefinición, en estos casos, toma en cuenta varios elementos y no se centra exclusivamente en el terreno erótico. Por lo anterior, es posible distinguir a las mujeres lesbianas feministas tanto de las mujeres homosexuales, cuyos referentes identitarios son homosexual y gay, como de las mujeres cuyo referente identitario es lesbianas sólo como resultado de la influencia cultural del feminismo. La autodefinición identitaria como lesbianas implica:

- La asunción de la identidad de género femenino y la identificación con sus semejantes: así, el reconocimiento de la pertenencia al género provee recursos que permiten construir la empatía y la sororidad (Lagarde, 1993) entre mujeres como categorías políticas que tienden a evitar rupturas y desidentificaciones genéricas.
- La conciencia de su especificidad al interior del género que les permite procesos de identificación positiva con otras mujeres semejantes a ellas en su especificidad.
- La definición de dicha especificidad a partir de experiencias diversas en torno al erotismo, el amor, los afectos, los modos de vida, lenguajes, cuerpos, etcétera.

- La politización de la identidad que, desde mi perspectiva, implica la construcción de identidades feministas (Alfarache, 2000).

Considerando que la identidad “se conforma por las significaciones culturales aprendidas y por las creaciones que el sujeto realiza sobre su experiencia a partir de ellas” (Lagarde, 1997: 14), es posible establecer que las relaciones entre condición e identidad no son unívocas: a veces, la identidad refleja la condición, a veces, está en contradicción con ella. Estas contradicciones son claves para la comprensión del proceso identitario de las mujeres homosexuales: éstas pertenecen, por condición, al género femenino, pero pueden llegar a ser heterodesignadas⁵ masculinamente; una heterodesignación asumida o no por las mujeres dependiendo de la situación particular de cada una de ellas. Esto queda claro en el caso de las mujeres que se autodefinen como lesbianas feministas: estas mujeres rechazan la asignación identitaria masculina y, asumiéndose como pertenecientes al género femenino, llevan a cabo procesos autoidentitarios cuya finalidad es poner en consonancia sus experiencias de vida con su identidad, y construir ésta como una autoidentidad positiva. Puesto que la construcción identitaria sólo puede ser realizada a partir de los elementos existentes en la cultura, vemos que estas mujeres tienen la posibilidad de realizarla a partir de los elementos que les brinda la cultura feminista. Ello implica la crítica deconstructiva al orden cultural hegemónico y la resignificación identitaria feminista para las mujeres. Por ello, considero que la cultura feminista posibilita a las mujeres lesbianas un marco de referencia para situarse a sí mismas, con su genericidad y su particularidad en el mundo, ocupando un lugar, un espacio y un tiempo propios y particulares. Las posibilidades de deconstrucción y construcción identitaria con sentido libertario están directamente relacionadas con nuevos paradigmas que construyen culturas diferentes. En este sentido, la identidad feminista es una configuración identitaria particular que no puede ser simplemente agregada a la identidad fundante de género, sino que implica la deconstrucción genérica patriarcal.

La crítica cultural antropológica permite develar los principios androcéntricos a partir de los cuales se construye a las mujeres lesbianas; androcentrismo que se estructura doblemente ya que al discurso patriarcal sobre las mujeres se une la visión androcéntrica específica con relación a las mujeres lesbianas. En este senti-

do, la necesidad teórica que ha planteado la antropología feminista de adoptar la perspectiva de género en todos los ámbitos que se investigan, ha redundado en la visibilidad de las mujeres como género y como particulares. La aplicación de dicha perspectiva a la investigación concreta permite: analizar la construcción cultural de las mujeres lesbianas, así como las consecuencias que la misma tiene en sus vidas (sexismo y lesbofobia); entender que las mujeres lesbianas son diferentes al interior del género por su incumplimiento de los deberes básicos prescritos para el mismo; y por último, analizar a las mujeres lesbianas en sus especificidades, mismas que están dadas por sus situaciones vitales únicas y particulares, en concreto, por su lesbianismo que implica condiciones particulares para cada una de ellas, y por su pertenencia al feminismo, el cual les posibilita la resignificación de elementos identitarios y la construcción de identidades positivas.

Bibliografía

- ALFARACHE Lorenzo, Angela, *Identidades lésbicas y cultura feminista: una investigación antropológica*, Tesis de Licenciatura en Etnología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 2000.
- BLACKWOOD, Evelyn, “Rompiendo el espejo: la construcción del lesbianismo y el discurso antropológico sobre la homosexualidad”, en Nieto, José Antonio (comp.), *La sexualidad en la sociedad contemporánea*, Lecturas antropológicas, Universidad Nacional de Educación a Distancia/Fundación Universal Empresa, Madrid, 1991, pp. 219-236.
- COLLIN, Francoise, “Diferencia y diferendo: la cuestión de las mujeres en filosofía”, en Duby, Georges y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente: el siglo XX*, tomo V, Taurus, Madrid, 1993, pp. 291-321.
- DE LAURETIS, Teresa, “Estudios feministas/Estudios críticos: problemas, conceptos y contextos”, en Ramos Escandón, Carmen (comp.), *El género en perspectiva: de la dominación universal a la representación múltiple*, Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa, México, 1991, pp. 165-193.
- DUBY, Georges y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres en occidente: el siglo XX*, tomo V, Taurus, Madrid, 1993.

- GUZMAN Stein, Laura y Gilda Pacheco Oreamuno (comps.), *Estudios básicos de derechos humanos IV*, Instituto Interamericano de Derechos Humanos, tomo IV, Costa Rica, 1996.
- LAGARDE, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, 3ª ed., Col. Posgrado núm. 8, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2001.
- “Identidad de género y derechos humanos: la construcción de las humanas”, en Guzmán Stein, Laura y Gilda Pacheco Oreamuno (comps.), *Estudios básicos de derechos humanos IV*, Instituto Interamericano de Derechos Humanos, tomo IV, Costa Rica, 1996, pp. 87-125.
- 1996b “Género y feminismo”, en *Desarrollo humano y democracia*, Cuadernos Inacabados 25, horas y HORAS la editora, Madrid.
- Identidad genérica y feminismo*, Instituto de Estudios de la Mujer, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, 1997.
- LANCASTER, Roger N. y Micaela Di Leonardi, *The gender/sexuality reader: culture, history, political economy*, routledge, New York/London, 1996.
- MAQUEIRA D’Angelo, Virginia, Gómez-Ferrer Morant, Guadalupe y Margarita Ortega López, *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*, vol. II, Actas de la VII Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1987.
- MIZRAHI, Liliana, *La mujer transgresora: acerca del cambio y la ambivalencia*, Col. Controversia, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1987.
- MOLINA Petet, Cristina, “Lo femenino como metáfora en la racionalidad postmoderna y su (escasa) utilidad para la teoría feminista”, en *Revista Isegoría*, núm. 6, 1992, pp. 129-143.
- MOORE, Henrietta, *Antropología y feminismo*, Cátedra, Col. Feminismos, Madrid, 1991.
- MORENO, Amparo, *El arquetipo viril protagonista de la historia: ejercicios de lectura no androcéntrica*, Cuadernos Inacabados núm. 6, La Sal, Edicions de les dones, Barcelona, 1986.
- NIETO, José Antonio (comp.), *La sexualidad en la sociedad contemporánea*, Lecturas antropológicas, Universidad Nacional de Educación a Distancia/Fundación Universal Empresa, Madrid, 1991.
- RAMOS Escandon, Carmen (comp.), *El género en perspectiva: de la dominación universal a la representación múltiple*, Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa, México, 1991.
- RODRÍGUEZ Magda, Rosa María, “Las filosofías de la diferencia”, en Valcárcel, Amelia (comp.), *El concepto de igualdad*, Editorial Juan Pablos, Madrid, 1994, pp. 95-112.
- ROSS, Ellen y Rayna Rap, “Sex and society: a research note from social history and anthropology”, en Lancaster, Roger N. y Micaela Di Leonardi, *The gender/sexuality reader: culture, history, political economy*, routledge, New York/London, 1996, pp. 153-168.
- VALCÁRCCEL, Amelia (comp.), *El concepto de igualdad*, Editorial Juan Pablos, Madrid, 1994.



“La acróbata”

VANCE, Carol, “El placer y el peligro: hacia una política de la sexualidad”, en Vance, Carol (comp.), *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina*, Revolución, Madrid, 1989.

VANCE, Carol (comp.), *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina*, Revolución, Madrid, 1989.

Notas

¹ Moreno (1986: 68) utiliza la categoría de androcentrismo para hacer referencia “a la adopción de un **punto de vista central**, que se afirma hegemoníamente relegando a los márgenes de lo no-significativo o insignificante, de lo negado, cuanto considera impertinente para valorar como superior la perspectiva obtenida; este punto de vista, que resulta así valorado positivamente, sería propio no ya del hombre en general, de todos y cualquier ser humano de sexo masculino, sino de aquellos hombres que se sitúan en el centro hegemónico de la vida social, se autodefinen a sí mismos como superiores y, para perpetuar su hegemonía, se imponen sobre otras y otros, mujeres y hombres mediante la coerción y la persuasión/disuasión.” (Subrayados de la autora)

² “El tema de la transgresión alude a la ruptura de un orden establecido, que es sentido como estéril por la propia personalidad. En la

transgresión, el gesto de despegue define la ruptura. Ruptura que a su vez se convertirá en la fundación de un orden nuevo... La mujer transgresora es la creadora de un tiempo y un espacio históricos diferentes en su vida” (Mizrahi, 1987: 75).

³ Molina Petit (1994: 140) define posicionalidad como “el lugar o ubicación en un contexto histórico-social desde donde la mujer modela su *experiencia* —complejo de hábitos y disposiciones que nos *generizan* como mujeres— y perfila su subjetividad. La identidad así concebida tiene que ver, no sólo con la historia de las mujeres y la experiencia vivida o imaginada, sino con el análisis de lo que han sido las prácticas femeninas que se interpretan y se rearticulan dentro de los horizontes de sentido disponibles en la cultura”.

⁴ “Las mujeres son semejantes entre sí —*semejanza intragenérica*— porque comparten aspectos fundamentales de su definición social, es decir, de su condición y de su identidad y son diferentes entre sí porque no comparten otras condiciones sociales —*diferencia intragenérica*— (...) Es preciso pensar la semejanza y la diferencia como fenómenos simultáneos en la configuración de los sujetos sociales” (Lagarde, 1996b: 44-45).

⁵ Para Rodríguez Magda (1994: 220), la heterodesignación hegemónica es “la definición del otro por parte de quien tiene el poder de la palabra”. Define al grupo hegemónico como el detentador del poder/saber y al grupo heterodesignado como aquél supeditado al primero y definido por él.